

## EPIFANIA

La epifanía es un concepto central de la historia de las religiones que se encuentra especialmente entre los pueblos de la cuenca del Mediterráneo y del Próximo Oriente, si bien estos mismos acusan entre sí notables diferencias. Pero frente a todas ellas, por razón de su carácter de revelación, a pesar de diversas consonancias exteriores, que en su mayor parte se pueden explicar como fenómenos de convergencia, está el concepto *bíblico* de epifanía como magnitud propia. Por epifanía se entiende la irrupción de Dios en el → mundo, la cual tiene lugar repentinamente y desaparece con la misma velocidad ante los ojos de los hombres bajo formas visibles precisas o imprecisas que revisten un carácter natural o misterioso. Es esencial la brevedad de la aparición, en la que sobresalen el comienzo y el fin. Es verdad que el concepto se ha ampliado con el decurso del tiempo, de suerte que la atención se ha dirigido a veces con más empeño a la inesperada irrupción sin tener en cuenta la duración. De esta manera, en la epifanía escatológica se prescinde totalmente del fin y, mediante una insistencia consciente en la venida de Dios (*parusía*), es subrayado el comienzo del tiempo de salvación (→ reino de Dios). La diferencia que se presenta en los cultos paganos entre epifanía directa e indirecta, o total y parcial, según que la divinidad misma se haga visible o solamente perceptible por medio de señales de poder, no existe en la Biblia, ya que en ella se trata siempre de un suceso personal frente al cual se sitúan con personalidad propia los → milagros como una categoría de diversa naturaleza.

La epifanía es además un producto complejo que consta de una *visio* y de una *auditio* indisolublemente ligadas la una con la otra, de manera que pueden darse desplazamientos de acento, como cuando, por ejemplo, en el AT se insiste a veces con más fuerza en la locución. Sobre todo, es propia de la epifanía una dinámica que se hace patente en el efecto surtido en el hombre que la experimenta, quien de una u otra manera tiene que responder a ella. El que de ella participa desempeña, pues, un importante papel. Por

eso no existe ninguna epifanía plástica (→ imagen) que sea muda; pero con esto se nos indica al mismo tiempo la frontera que existe entre la visión y el sueño, por más que, evidentemente, haya resbaladizos puntos de tránsito del uno a la otra.

Terminológicamente se distingue entre teofanías de → Dios Padre y epifanías o cristofanías del Hijo. Junto a ellas existen angelofanías de los ángeles y pneumatofanías del Espíritu descendiente en lenguas de fuego, mientras que las pirofanías (apariciones de luces y fuego) y estaurofanías (apariciones de la cruz) no son perceptibles hasta los apócrifos y en el tiempo posbíblico.

1. En el AT la epifanía se presenta en los momentos decisivos de la historia de → Israel. No se trata según esto de una revelación privada, sino que siempre se encamina a la comunidad al servicio de la cual está también el individuo aislado que es agraciado con la epifanía (Gn 18,1; Is 6,1ss; Jn 20,11ss; 1 Cor 15,5ss). Se la encuentra ya al comienzo de la → creación, cuando la naturaleza entera y el hombre agradecen su existencia a la aparición de Dios (Gn 1,1ss), suceso que pertenece todavía al tiempo prehistórico y que, por lo mismo, se puede concebir tan sólo especulativamente. En el tiempo histórico hacen al caso los llamamientos de Moisés (Ex 3) y de los → profetas (Is 6,1ss; Ez 1,1ss); también las numerosas → promesas que se refieren a la posteridad (Gn 18,1ss), al pacto de la → alianza (Gn 17,1ss), a la adquisición de la tierra (Gn 28,10ss), etc., así como el acompañamiento en columnas de nube y fuego (Ex 13,21ss) y la epifanía con ocasión de la ocupación de Palestina por motivo de la destrucción de las ciudades enemigas (Jos 5,13ss) y de la erección de altares (Gn 12,7ss). El punto culminante lo ocupa el acontecimiento del Sinaí entre truenos y relámpagos (Ex 19,18ss), en el que se echaron los fundamentos del orden humano y que, por lo mismo, recordará siempre en toda la → revelación, sobre todo en los salmos del culto. Como acontecimientos históricos que son, las epifanías pueden ser determinadas con exactitud en cuanto a tiempo y lugar (Ex 19,18ss; Is 6,1ss). Pueden, por lo mismo, tener lugar en cualquier sitio, si bien son preferidos ciertos lugares de aparición, como el monte (Ex 19,18), el arca de la alianza (Ex 40,34) y, unido con ella más tarde, el templo en el que, como epifanía del → culto, tiene lugar la procesión con el arca (Sal 132). Por su íntima esencia, la epifanía es un hecho aislado y único, es decir, no puede repetirse; antes bien, las epifanías aisladas difieren en su estructura unas de otras, de tal manera que hasta llegan a faltar completamente motivos de epifanía. Como la epifanía está orientada en el sentido de la → historia de la salvación, se ensancha por sí misma después de la ocupación de la tierra hasta la epifanía escatológica, configurada especialmente por los profetas, epifanía que culmina en el «día de Yahvé», en el que, con sentido universalista, judíos y no judíos son llevados conjuntamente al encuentro de la → luz resplandeciente (Is 60,1ss), mientras los enemigos de Dios son aniquilados por la lluvia de fuego (→ juicio). Esto demuestra que la epifanía es ambivalente, es decir, portadora al mismo tiempo de salvación y de

desgracia. Como → predicación, tiene la epifanía un destinatario, a quien es lícito acercarse a lo santo solamente a respetuosa distancia (limitación del lugar: Ex 19,21; despojo de los zapatos: Ex 3,3; ocultamiento del rostro: Ex 3,6) o a quien Dios se le muestra solamente oculto tras un velo, como pueden ser el humo, la nube y también el ángel de Yahvé (Gn 16,7; en triple figura: Gn 18,1ss) y el carro de los querubines (Ez 1,4). A la misma tendencia sirve el recurso estilístico de la comparación (Ez 1,26: «Por encima había algo que parecía como un zafiro, algo que se asemejaba a un trono; sobre la imagen que se parecía a un trono había una figura que parecía un hombre») o la aparentemente oscura forma de expresión, de lo que es un buen ejemplo la lucha nocturna de Jacob a la orilla del río Yabbok (Gn 32,23ss). El verdadero ser de Dios no será visible como → gloria en el pleno esplendor de la luz hasta el fin de los días (Is 62,1s), de suerte que hasta entonces tan sólo ocasionalmente se le puede reconocer (Ex 32,22).

La reacción del hombre puede adoptar diversas formas. Se siente vencido por la aparición (Jr 20,7) y es presa de miedo y terror (Gn 28,17; Is 6,4) porque de antemano no sabía nada acerca de la presencia del Señor, quien se presenta a sí mismo por medio del epifánico «yo soy» o no es reconocido hasta el momento de la desaparición, como el ángel de Manoaj, que se instalaba en la llama del altar (Jue 13,20). Así se explica también la frecuente fórmula «no temas». A veces tampoco puede el hombre mirar a través del velo y se queda ignorante e inseguro (Gn 18,12), mientras desearía apoderarse de Dios tan pronto como le reconoce en su realidad (Gn 32,27). Como interpelación, la epifanía exige respuesta, reconocimiento y → obediencia. El ministerio de los profetas está estrechamente vinculado a ella (Is 61,1).

En tanto para los rabinos la epifanía retrocede y los conceptos epifánicos han de ser entendidos muchísimas veces sólo desde el punto de vista teológico-especulativo, como la «voz del cielo» —que es solamente un eco percibido en la tierra— o el «habitar de Dios» —que va acompañado por la luz—, en los LXX la epifanía adquiere mucho mayor relieve, por el influjo del helenismo, que en el texto original hebreo. Cuando, por ejemplo, se dice en Gn 31,13: «Yo soy el Dios de Betel», los LXX traducen así: «Yo soy el Dios que se te ha aparecido». No se trata aquí de un mero cambio de texto, sino más bien de una interpretación completamente legítima, hecha teniendo en cuenta al lector que vivía en el medio ambiente antiguo y a quien el concepto de epifanía le era bien familiar.

2. En el NT hay que distinguir claramente entre epifanía *histórica* y epifanía *escatológica*.

Al primer grupo pertenecen las angelofanías (en la historia de la infancia [Lc 1,11ss; 1,28ss; 2,9ss], en los relatos de la resurrección [Mt 28,2s; Jn 20,12ss] y en la liberación de los apóstoles [Hch 5,19; 12,7ss]). Pero no tienen importancia independientemente consideradas, sino que preparan el suceso salvífico o dan de él una interpretación ulterior. Teofanías se encuentran solamente en el bautismo de Jesús (Mc 1,9) y en la transfigura-

ción (Mc 9,2ss). El punto céntrico lo ocupan las cristofanías del Resucitado (1 Cor 15,5; Mt 28,9ss; Lc 24,13ss; Jn 20,19ss), a las que hemos de añadir la conversión de Pablo a las puertas de Damasco (Hch 9,1ss). Antes del acontecimiento pascual (→ resurrección de Cristo), sólo han de considerarse como epifanías la transfiguración (Mc 9,2ss) y la marcha de Jesús sobre el mar (Mc 6,45ss), mientras que otros casos frecuentemente aducidos (multiplicación de los panes, bodas de Caná, etc.) han de contarse entre los milagros. El acontecimiento de Pentecostés es una pneumatofanía. En el bautismo, ésta aparece unida con la teofanía en una doble epifanía.

Los caracteres de la epifanía neotestamentaria son análogas en grado sumo a las de la epifanía veterotestamentaria. Lo decisivo en ellas es que se refieren al → Jesús histórico. Son, por lo mismo, determinables en cuanto a tiempo y lugar (Mc 16,2; Lc 24,1) y pueden ser captadas por medio del sentido del tacto (Jn 20,27). Tienen lugar dentro del marco de datos naturales. Montes (Mc 9,2) y mares (Mc 6,48) son a veces preferidos como escenario. El carácter personal es especialmente subrayado por las expresiones «yo soy» (Mc 6,50; Jn 6,20). Con excepción de la pneumatofanía y de la transfiguración, que hay que interpretar escatológicamente, las epifanías de luz son muy raras y permanecen limitadas a las angelofanías y a la cristofanía en la conversión de Pablo; de ellas presenta Lucas la mayor parte de los casos.

Las epifanías sirven exclusivamente a la predicación. Son pruebas de la resurrección (Hch 1,3), dan la pauta para la constitución del reino de Dios por medio de la confirmación del ministerio pastoral (Jn 21,15ss), por medio del mandato de bautizar y misionar (Mt 28,16ss) y por medio de los llamamientos (Hch 9,1ss), de manera que solamente aquel que ha visto al Señor es verdadero → apóstol. El carácter comunitario se pone de manifiesto en numerosas epifanías de comidas (Lc 24,30; Jn 21,12) y en el importante papel de testigo (→ testimonio). En esto se funda la posición única de Juan, el testigo del bautismo de Cristo (Jn 1,34) y de la vida toda del Señor (1 Jn 1,1s), de igual manera que la de los apóstoles, hasta el punto que, como sustituto de Judas, sólo puede ser elegido un testigo de la resurrección (Hch 1,22).

La reacción del hombre es miedo y pánico (Mc 6,50; Lc 2,9); Pablo hasta es derribado en tierra (Hch 9,4). De aquí que frecuentemente la toma de contacto empiece con un saludo por parte de la figura epifánica (Lc 1,28). A pesar de todo, se guarda la distancia, como tuvo que experimentarlo María Magdalena (Jn 20,7). Como llamamiento, toda epifanía exige → confesión y → decisión, la cual se traduce en el ministerio apostólico; pero ofrece también la posibilidad de la duda y de la → fe, como visiblemente se muestra en la historia del incrédulo Tomás (Jn 20,24ss). Un distintivo esencial lo constituye el hecho de que las epifanías son comunicadas solamente a personas escogidas. El Resucitado no se muestra nunca a sus adversarios; los acompañantes de Pablo oyen ciertamente la voz, pero no ven nada (Hch 9,7).

La *epifanía escatológica* o *parusía* se vincula con el «día de Yahvé» del

AT, si bien hay que considerar que la situación se ha transformado fundamentalmente. En la persona de Cristo se ha hecho ya realidad el regio señorío de Dios. El es el Mesías prometido. Es cierto que su poder y magnificencia están encubiertos, pero para el que cree en los signos milagrosos (→ signo-milagro) son reconocibles, es decir, resplandecen en momentos determinados, como en la transfiguración (Mc 9,2ss) y en las apariciones, para irradiar definitiva y manifiestamente en la parusía (Mt 24,27). De esta manera, la parusía, que en Heb 9,28 es expresamente descrita como retorno, pertenece al campo de la epifanía, con la que tiene también en común la subitaneidad de su realización y de la que tan sólo se distingue por el hecho de que no desaparece, sino que inicia el tiempo de salvación que con ella comienza y que es expresamente descrito por Juan como → «vida». Epifanía y parusía no se encuentran, pues, en planos diversos, sino que están mutuamente vinculadas, ya que son, respectivamente, promesa y cumplimiento. De ahí que el resplandor de la luz desempeñe un papel decisivo. El relámpago que viene del Oriente anuncia la venida del Hijo de Hombre (Mt 24,27). El concepto de → gloria (δόξα) tiene aquí su lugar propio. La parusía misma es un acontecimiento complejo que consta de diversas etapas en contraposición con la epifanía histórica: van por delante las vejaciones de los sin ley (2 Tes 2,2) o del anticristo, quien con sus milagros y epifanías satánicas trata de engañar a los creyentes; el choque del cielo con la tierra y el emerger de un signo misterioso (Mt 24,30) que señala la venida del Hijo de Hombre, signo que aparece sobre las nubes y que tal vez se identifica con el mismo Hijo de Hombre. Sigue después la epifanía propiamente tal, por medio de la cual es aniquilado → Satán, con lo que al mismo tiempo se pone de relieve el ambivalente aspecto de la desgracia, que claramente sale también a la luz en el subsiguiente juicio universal. Pero la meta de la epifanía es la conciliación de la → salvación en → paz y → alegría, meta de la que el incrédulo puede sustraerse solamente en tanto en cuanto que sale absuelto de su polo contrario, el juicio.

La *teología joánica* ocupa un puesto especial. No se fija tanto en el suceso aislado cuanto en toda la vida terrena del Señor, considerándola como una (1 Jn 1,1ss) epifanía ensalzada hímnicamente, mientras que *Pablo* coloca con más vigor en el punto central la epifanía escatológica, cuyo esplendor es percibido como arras ya en la tierra. En las cartas pastorales la mirada se posa en el período de tiempo que media entre epifanía y parusía, el cual debe servir para la expectación y a la preparación (1 Tim 6,12ss; Tit 2, 11ss). Este período de tiempo está configurado por la primera epifanía, que por eso, según Tit 2,11, asume el papel de factor educativo, y en ello descansa el fundamento de la → educación cristiana. En Heb 12,18ss la epifanía experimenta una espiritualización, y así los acontecimientos del Sinaí y de Sión son puestos frente a frente y son considerados como superación de lo pasajero-invisible.

La cerrada construcción de la teología bíblica de la epifanía muestra de antemano la problematicidad, prescindiendo de concordancias formales, del influjo de las ideas paganas. Solamente en atención a sus lectores pagano-

cristianos prefiriere *Lucas* las descripciones epifánicas (Lc 3,21ss; Hch 5,19; 12,7), que selecciona de entre el multiforme material histórico, porque su público era especialmente sensible a ellas. Por la misma razón también configura conscientemente en este sentido la entrada de Jesús en Jerusalén (Lc 19,36ss). Sobre si las descripciones de la parusía llevan a veces realmente una nota apologética, como si conscientemente contrapusiesen al Cristo Señor con el helenístico-romano dios-rey y dios-emperador que entra en sus ciudades, hemos de decidir con gran cautela, ya que la llamada «epifanía imperial» pagana era más bien una teología de corte que servía a finalidades políticas y carecía de religiosidad.

O. Casel, *Die Epiphanie im Lichte der Religionsgeschichte*: BM 4 (1922) 13-20; W. Michaelis, *Die Erscheinung des Auferstandenen*, Basilea 1946; E. Pax, *Epiphaneia. Ein religionsgeschichtlicher Beitrag zur biblischen Theologie*, Munich 1955; E. Pax, *Kaiserkult*: LThK V (1960) 1251-1252; A. J. Vermeulen, *Epiphaneia: Supplementa, I. Graecitas et Latinitas. Christianorum Primaeva*, Nimega 1964; H. U. v. Balthasar, *Herrlichkeit. Eine theologische Ästhetik*, 3 vols., Einsiedeln 1961-1965; J. Jeremias, *Theophanie. Die Geschichte einer alttestamentlichen Gattung*, Neukirchen 1965; H. R. Schlette, *Epiphanie als Geschichte. Ein Versuch*, Munich 1966; J. Moltmann, *Teología de la esperanza*, Salamanca 1977.

E. PAX